

Bx 945

D 23

v. 3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

HISTORIA

GENERAL

DE LA IGLESIA.

ÉPOCA QUINTA

DESDE SILVESTRE II (19 DE FEBRERO 999) HASTA LA MUERTE DE BONIFACIO VIII
(11 DE OCTUBRE DE 1303).

CAPITULO PRIMERO.

SUMARIO.

- § I. PONTIFICADO DE SILVESTRE II (19 de febrero de 999-12 de mayo de 1003).
1. Carácter de la época quinta de la Historia de la Iglesia. — 2. Hombres grandes y santos de este tiempo. — 3. Carácter de Gerberto. — 4. Magnanimidad de Silvestre II con Arnulfo, su antiguo competidor en la silla de Reims. — 5. El año 1000. Arquitectura gótica. — 6. Primera idea de las Cruzadas, é institución del Jubileo. — 7. Erección del reino de Hungría. — 8. san Enrique II, rey de la Germania. — 9. Muerte de Silvestre II.
- § II. PONTIFICADO DE JUAN XVIII (6 de junio de 1003-31 de octubre de 1003).
10. Elección y muerte prematura de Juan XVIII.
- § III. PONTIFICADO DE JUAN XIX (19 de marzo de 1004-18 de julio de 1009).
11. Muerte de san Nilo en la ermita de *Grotta Ferrata*. — 12. Martirio de san Abbon de Fleury. — 13. San Adalberon, obispo de Metz. — 14. San Fulcrano, obispo de Lodeva. San Fulberto, obispo de Chartres. — 15. Fulco-Nerra, conde de Anjou. — 16. Guillerno V, duque de Aquitania. — 17. Colección de cánones de Burchardo, obispo de Wormes. — 18. Colección de decretales de Isidoro Mer-

III.

1

007325

cator. — 19. Abdicacion de Juan XIX. — 20. Invencion de la gama musical por Guido de Arezzo.

§ IV. PONTIFICADO DE SERGIO IV (1º de octubre de 1009-13 de julio de 1012).

21. Persecucion contra los Judíos en las provincias de la Europa. — 22. Martirio de san Elfego, arzobispo de Cantorbery. — 23. Muerte de Sergio IV.

§ V. PONTIFICADO DE BENEDICTO VIII (20 de julio de 1012-10 de julio de 1024).

24. Cisma en la Iglesia. Rebelion de los Esclavones. — 25. Coronacion de Enrique II por Benedicto VIII. — 26. Canto del Símbolo adoptado en la liturgia romana. Los cuatro Símbolos de la Iglesia. — 27. San Menverco, obispo de Paderborn. — 28. El emperador san Enrique, discípulo del bienaventurado Ricardo de Verdun. — 29. Benedicto VIII liberta la Italia de una invasion de Sarracenos. — 30. Entrevista del papa con el emperador en Bamberg. — 31. Los Griegos arrojados del mediodía de Italia. — 32. Concilio Salegunstandiense. — 33. Concilio de Orleans. — 34. San Romualdo funda el orden de los Camaldulenses. — 35. Muerte de Benedicto VIII y del emperador san Enrique.

§ I. PONTIFICADO DE SILVESTRE II (19 de febrero de 999-12 de mayo de 1003).

1. La quinta época de la Historia de la Iglesia contiene el período mas brillante de la edad media. Es el tiempo de las obras grandes de nuestras catedrales góticas, de la caballería y de las cruzadas. El pontificado rompe, en san Gregorio VII, las cadenas que le habia impuesto el despotismo imperial. La gran querella de las investiduras se concluye á favor del derecho, de la civilizacion, de la Iglesia. Los soberanos pontífices son tutores de los reyes, sosten de los imperios, defensores de los pueblos. Hacen admirables progresos todas las instituciones cristianas: las órdenes religiosas se esparcen por toda la cristiandad como ejércitos innumerables. Multiplicanse las escuelas; doctores ilustres y santos de una fama universal iluminan al siglo y le rodean de inmortal brillo, legando á la posteridad la admiracion de su ingenio, estudio y edificacion de sus virtudes. Reflorece en Occidente la disciplina, reciben las ciencias y letras maravilloso desarrollo. Y aunque es cierto que el gran cisma de Oriente contrista y hiere en lo mas vivo á la Iglesia, y hace como un funesto contrapeso á triunfo tan glorioso, mas las cruzadas por otra parte producen un entusiasmo religioso de los pueblos hácia el sepulcro de Cristo, fundan un reino en la Palestina y un imperio latino en Constantinopla.

2. En los principios del siglo XI consuelan á la Iglesia en su prolongada esterilidad precedente grandes hombres y grandes santos. El trono imperial de Alemania ve suceder al grande Oton III, san Enrique II y santa Cunegundis: san Estéban, rey de Hungría, se hace el apóstol de su pueblo; san Vladimiro, gran duque de Rusia, imita estos gloriosos reales ejemplos; Roberto Pio ilustra la Francia con su virtud, y en su santa ancianidad hace olvidar los extravíos y escándalos de su juventud. Sanchcho III el Magno lleva con dignidad el cetro heróico de Navarra [y san Rosendo en Lugo, y san Froilan en Leon admiran al mundo por su saber, piedad y valor en medio de las críticas circunstancias de la heróica y católica España. En esta noble nacion se unen tres soberanos, el de Castilla, Aragon y Navarra, con santa amistad, y logran que el Sarraceno se encierre dentro de sus estrechos límites, y son como los anuncios del Cid Campeador, de la inmortal batalla de las Navas y del santo rey Don Fernando]. En el episcopado, la Francia admira á san Gerardo de Toul, al beato Adalberon de Metz, á san Fulcran de Lodeva, á san Gilberto de Meaux, á san Thierry de Orleans, á san Burcardo de Viena y san Fulberto de Chartres. La Alemania en nada cede á la Francia: tiene á san Volfango en Ratisbona, á san Guebhardo en Constanza, á san Adalberto en Praga, á san Villigiso en Maguncia, á san Libencio en Hamburgo, á san Bernardo y Godardo en Hildesheim, á san Vulpodo en Lieja, á san Heriberto en Colonia, á san Hartwico en Salzburgo, á san Menverco en Paderborn. La Suecia se gloria de san Sigfrido, su obispo y apóstol; san Wilfrido, obispo y mártir. La Noruega posee á san Olao, rey y mártir. En el orden monástico san Abbon de Fleury; san Romualdo, fundador de los Camaldulenses, y san Odilon, sucesor de san Mayol en Cluny.

3. Sobre todos estos personajes grandes y piadosos se eleva la magnífica presencia histórica del papa Silvestre II, el primer Francés que ha tenido la gloria de subir al trono de san Pedro. Gerberto, natural de Aurillac, de oscura familia que le hizo educar por caridad en el monasterio de San Gerodio, debió su

elevacion á su solo mérito. La Providencia preparaba por vias trabajosas y ocultas el destino del pontífice que habia de volver á levantar la Silla apostólica á la altura á que llegó bajo san Gregorio Magno y Nicolás I. El primer papa fué escogido entre los pescadores de Galilea : tendremos ocasion de ver á esta eminente dignidad ilustrada por hombres salidos de humildes condiciones. La Iglesia, en la larga carrera de su desarrollo, permanece fiel al origen de su divina institucion : y se repara en la flaqueza para confundir las grandezas del mundo. Gerberto, príncipe de la ciencia, filósofo, matemático, músico, arzobispo de Reims y de Ravena, y en fin papa, bajo el nombre de Silvestre II, resumió en sí por su ingenio y desarrollo, aplicándolos en la vida práctica, todos los elementos de progreso que poseia el siglo XI ; y fué, como todos los grandes hombres, la personificacion de su época. Es muy grato á un historiador francés inscribir el nombre de un hijo de nuestra Francia, de un hijo de nuestra piadosa Auvernia, como el de un restaurador religioso y social del siglo XI. Maestro del jóven emperador Oton III, Gerberto habia adquirido prodigiosa erudicion para su tiempo. La extension de sus conocimientos le habia hecho el mayor sabio de su tiempo y el mas afamado, aun antes que le hubiese puesto á la cabeza del mundo la dignidad pontifical. El primero trajo á la Europa occidental el uso de números árabes, que habia aprendido de los Moros en un viaje que hizo á España. Construyó para la iglesia de Magdeburgo el primer reloj de báscula (1) : sistema que se usó hasta 1650, en que Huyghens substituyó el de relojes de péndula ó balanza. Nombrado antes arzobispo de Reims, Gerberto luchó, con animosidad tan viva que la historia no ha podido menos de reprenderse, contra el papa mismo por mantenerse en su silla. Los hombres mas grandes han tenido en su carrera flacos por donde han pagado su tributo á la humanidad. Su competidor,

(1) Complacian sobre todo á Gerberto las ciencias exactas : las habia ido á estudiar á la universidad de Córdoba. Allí, durante muchos años, adquirió en la química, mecánica y diversos ramos de matemáticas, conocimientos profundos. Se dice que inventó un órgano cuyas teclas movia el vapor.

Arnulfo, de la alcurnia de Carlomagno, fué definitivamente puesto en posesion de la silla de Reims por Hugo Capeto, que queria probar la fuerza y popularidad de su dinastia, apoyando las pretensiones de un miembro de la línea real de Carlomagno, decaida. Oton III, para indemnizarle, le hizo nombrar arzobispo de Ravena. Gregorio V aprobó esta traslacion : Gerberto iba subiendo así los escalones de su soberana potencia. En fin, á la muerte de Gregorio V, el emperador fijó sus miradas en el monje de Aurillac para poner en sus manos el gobierno de la Iglesia, y Silvestre II fué elegido papa el 19 de febrero de 999.

4. El primer acto del nuevo papa fué confirmar en la silla metropolitana de Reims á Arnulfo, su antiguo competidor, y lo hizo en términos que prueban la elevacion de ideas y sentimientos que llevaba al trono pontifical. « A la Silla apostólica » pertenece, dice el papa, restablecer en sus dignidades á los » desposeidos, para guardar á san Pedro el libre poder de atar » y desatar que le otorgó Jesucristo. Por tanto vos, Arnulfo, » arzobispo de Reims, que en otro tiempo fuisteis depuesto, » creemos deber usar con vos de misericordia : porque como » vuestra deposicion se ha hecho sin consentimiento de Roma, » es menester hacer ver que Roma tiene poder de reparar lo » hecho injustamente. Porque tal es la suprema autoridad » otorgada á Pedro y sus sucesores, que no puede equiparársele ninguna grandeza humana. » Nuevo impulso es dado á la Iglesia : Silvestre II escribe á los obispos del mundo católico una encíclica llena de energía, habilidad, prudencia, uncion y humildad, señalando con rara sagacidad los vicios del tiempo y solicitando su reforma. Así anunciaba ya los esfuerzos de un Gregorio VII.

5. Era llegado el año 1000, época terrible y misteriosa en que, por una falsa interpretacion del Apocalipsis, toda la cristiandad creia llegado el fin del mundo. Silvestre II tuvo que combatir estos errores populares ; pero la supersticion pudo mas que todos los racionios y exhortaciones. En el último año del siglo X yacian abandonados intereses y negocios materiales, y

aun hasta las labores del campo. Se legaban las propias tierras y heredades á las iglesias, á los monasterios, con cuyos despojos se habian enriquecido tantos barones y avarientos. Cuando llegó el día fatal, las poblaciones se agolparon en masa á las iglesias, basílicas, oratorios y capillas, esperando con ansia el desenlace de la última hora del mundo. Pero tocó la hora fatal y pasó como las anteriores, y el fin del mundo, cuya época solo Dios conoce, no retiñó todavía (1). El movimiento religioso, impelido por el terror en la conciencia de los pueblos, se manifestó y desarrolló entonces por un nuevo ardor general en reconstruir iglesias y edificios sagrados. Después de la invasión de los Bárbaros, habia desaparecido la arquitectura cristiana como las demás bellas artes en el torbellino de revoluciones que lo arrollaba todo en la sociedad europea. Monumentos de un estilo nuevo, y apellidado *gótico* porque habia sido tomado de los Godos de España, se levantaron á la vez en todas las ciudades principales del mundo. « El rey Roberto, dice un cronista, tomó con el mayor celo parte en este gran movimiento religioso: hizo comenzar la iglesia de Nuestra Señora de París sobre los escombros de un templo pagano: » los progresos del arte monumental de la edad media datan de esta época. La corriente que arrastraba á los ánimos hácia la interpretacion de las profecias dió nacimiento á dos herejías diametralmente opuestas. Un fanático llamado Leotardo, del obispado de Chalons, fundándose en que el mundo sobrevivía al tiempo que se creía prefijado por el Apocalipsis, quiso probar que no habia de creerse sino una parte de lo que habian escrito los profetas. En la misma época una cabeza acalorada, Vilgar de Ravena, enseñaba, al contrario, que era necesario creer cuanto habian dicho los poetas, y que su inspiracion era profética. Estas ilusiones, lanzadas por el mundo en el momento en que todos los ánimos estaban preocupados sobre el porvenir, fueron acogidas ciegamente por las

(1) En nuestras historias y anales no se trasluce que en España estuviesen los espíritus preocupados de esta suerte; pues que precisamente en los años 998 y 999 se dió á la guerra y á la política un inmenso impulso. (El Traductor.)

turbas. Hubo entonces como un aluvion de errores que hizo creer á muchos que se cumplía la sentencia del Apocalipsis: « Satanás quedará suelto despues de mil años. » Calamidades públicas, pestes, hambres, destemplanzas de estaciones, inundaciones de rios, hicieron en efecto notable el fin del silo x, y parecían denotar una era de carácter fatídico.

6. Las desventuras de Jerusalem y de toda la Palestina, presa del mahometismo soez y feroz, llamaron entonces la atencion de la Europa cristiana. Silvestre II fué el primer papa que comprendió la necesidad de armar á la cristiandad para rechazar á sus mas encarnizados y mortales enemigos. La fe, reanimada en todos los corazones, se sentía hondamente herida de dolor á la noticia de los desastres de la Tierra Santa, y de la humillacion vergonzosa que pesaba sobre los santos lugares testigos de nuestra Redencion. A mas de la religion, tan íntimamente interesada en este negocio, habia tambien la cuestion de humanidad y civilizacion que debia decidirse entre los soldados de Cristo y los seidas del Profeta. Silvestre II, en una muy celebrada carta dirigida á toda la catolicidad, marca el programa político que las cruzadas realizaron mas tarde. « El suelo fecundo de Jerusalem, decia, es patria de los profetas y encierra los monumentos de los patriarcas. Desde allí partieron los Apóstoles, cual luminosos fanales del mundo: allí promulgó Cristo sus oráculos. *Su sepulcro*, dijeron los profetas, *será glorioso*. Y sin embargo, los infieles asuelan los Santos Lugares y hacen de ellos teatro de ignominia. ¡ Levantaos pues, soldados de Cristo! enarbolad el estandarte con espada en mano, y lo que no pudierais hacer con las armas, hacedlo con vuestros consejos y con vuestros bienes. » Solo los Pisanos correspondieron á este elocuente llamamiento del Pastor supremo, pero su eco resonó de siglo en siglo en Europa. Parecia ser destinado Silvestre II á inaugurar en la carrera de su pontificado todas las ideas que mas tarde habian de irse desarrollando en el seno de la Iglesia. Se le atribuye el primer pensamiento del Jubileo, este gran convite dirigido á los cristianos de hacer una etapa en la vida para restaurarse en el banquete

de la fe y de la caridad y poder continuar su viaje á la eternidad (1). Desplegó en el sosten de la supremacía del pontificado la energía que en uno de sus sucesores, Gregorio VII, habia de rayar en heroismo. Conon, obispo de Perusa, alegó pretensiones á la abadía de San Pedro, que hasta entonces formaba parte integrante de los Estados de la Silla apostólica. El abad habia querido defender los derechos del papa, pero fué arrojado á mano armada de su iglesia y se habian saqueado sus bienes. Silvestre II prosiguió este negocio con vigor, y para juzgarlo juntó un concilio en el palacio de Letran, donde se condenó la pretension de Conon, y la Santa Sede volvió á gozar de su jurisdiccion.

7. El hecho mas ilustre de su pontificado fué la conversion de la Hungría. El jóven duque Estéban, á quien venera como santo la Iglesia, habia sucedido en el gobierno de aquel país, en 997, á su padre Geisa. Inauguró su poder declarando su formal voluntad de ver á todo su pueblo abrazar la fe de Cristo. Los que persistieron en la idolatría se rebelaron acaudillados por algunos magnates. Estéban marchó contra ellos y logró completa victoria, y en accion de gracias fundó una abadía á honra de san Martin, el cual era natural de Hungría. Desde entonces el cuerpo de la nacion se alistó bajo las banderas de Cristo. Predicadores evangélicos derramaron por todo el pueblo la palabra de Dios, y para dar mas consistencia y fuerza á esta naciente Iglesia, Estéban dividió las tierras de su nueva dominacion en diez obispados, cuya metrópoli fué Estrigonia, hoy Gram, sobre el Danubio. Verificados estos plausibles acontecimientos, Estéban envió á Roma Astric, obispo de Colocza, para pedir al papa Silvestre la confirmacion de estos obispados, y el título de rey para el duque Estéban (año 1000). Al saber noticias tan placenteras, el soberano pontífice no pudo contener su júbilo, y como el enviado húngaro le saludaba con el título de *apostólico*, título que entonces se daba oficialmente á los papas: « Si yo soy el *apostólico*,

(1) *Vida de Silvestre II*, por Hock; traducida por el abate Axinger (Prefacio).

» dijo Silvestre, Estéban es el apóstol, pues que ha sometido » á la fe un tan gran pueblo. » De aquí ha provenido el uso de llamar á los reyes de Hungría: *Majestad apostólica*. Silvestre otorgó á Estéban el título que le pedia, y le envió para la ceremonia de la consagracion una diadema enriquecida con pedrería, y una cruz que le permitió llevarse delante como distintivo de su apostolado. Le dió al mismo tiempo poder para disponer y arreglar los negocios eclesiásticos de su reino. Este privilegio equivalia al título de legado perpetuo de la Santa Sede. Mas tarde fué confirmado por el concilio de Constanza á peticion del emperador Sigismundo, como rey de Hungría. San Estéban llevó dignamente el cetro que se honraba deber á la Silla apostólica. Sometió enteramente á los Esclavones y Búlgaros, y la Hungría le debió la mayor parte de sus instituciones sociales. Era tanta en aquella época la preeminencia política del pontificado supremo, que hasta distribuia coronas; y este hecho prueba evidentemente que no habia perdido su influencia en el mundo en medio de lo aciago del siglo x.

8. En tanto que san Estéban I ilustraba el trono que acababa de fundar en Hungría, la corona de Alemania pasaba á manos de un príncipe no menos grato á la Iglesia, y cuyo nombre juntó dos auréolas: la de la santidad y la de la gloria histórica. Acababa de morir el emperador Oton III á la flor de su edad en Paterno, pueblo de la Campania; y le fué dado por sucesor san Enrique II, duque de Baviera. Su reinado fué una continua lucha y casi siempre feliz, ora con los grandes vasallos alemanes é italianos que intentaban hacerse independientes, ora con los Esclavones á quienes queria someter y convertir. Su piedad y celo por la propagacion de la fe cristiana, su sumision á la autoridad de la Iglesia, eran edificacion de sus contemporáneos. Reunia á la vez en su persona la santidad y el heroismo, y sus brillantes cualidades le equiparaban á Carlomagno, de quien descendia. La emperatriz santa Cunegundis, su esposa, se mostró digna, por su virtud, modestia é inagotable caridad, de un santo coronado. Ambos de comun

consentimiento vivieron en perfecta continencia, y fueron uno de los mas ilustres ejemplares de los matrimonios vírgenes, fuentes de gracias y bendiciones.

9. Silvestre II no sobrevivió largo tiempo al advenimiento de san Enrique II al trono de Germania, acaecido en 1002: y este gran papa murió el 12 de mayo de 1003, con el renombre de un pontífice grande y santo, y con la gloria de haber honrado las letras y ciencias, eclipsadas por las tinieblas del siglo x. Cuarenta y nueve cartas nos quedan de este papa, algunas obras de matemáticas y la Vida de san Adalberto, arzobispo de Praga. La Santa Sede va á decaer despues de su muerte de la altura á que la habia levantado, y será juguete de las facciones, hasta que Gregorio VII venga á continuar la obra de Silvestre II.

§ II. PONTIFICADO DE JUAN XVIII (1) (6 de junio-31 de octubre de 1003).

10. Juan XVIII, elevado por su solo mérito á la Santa Silla apostólica, dió las mas fundadas esperanzas de ser digno sucesor de Silvestre II; pero su prematura muerte, acontecida á los tres meses de su pontificado, impidió realizarlas. Falleció el 31 de octubre de 1003.

§ III. PONTIFICADO DE JUAN XIX (19 de marzo de 1004-18 de julio de 1009).

11. El 19 de marzo de 1004 fué elevado á la Silla apostólica Juan XIX. Esta época era ilustre en santos personajes. San Nilo, ilustre ermitaño del siglo xi, acabó su carrera de humildad, soledad y penitencia en Túsculo. Cuando vino á doce millas de Roma, al lugar desierto donde queria morir, fué á verle el conde Gregorio de Túsculo, señor del territorio en que se hallaba. Este señor, movido de ambiciosas miras, no habia sido siempre justo; se le acusaba, y no sin razon, de

(1) Se titula á este papa el décimonono de este nombre, porque se ha introducido el uso de conservar en el catálogo de los pontífices al antipapa Filagathe (Juan XVII), de quien hemos hablado en el pontificado de Gregorio V.

que influia en las elecciones de los soberanos pontífices, y su tiranía habia promovido mas de una vez disturbios en Italia, y aun hecho derramar sangre. Presentándose al santo ermitaño Nilo, se arrojó á sus piés diciéndole: « Padre mio, mis pecados me hacen indigno de recibir en mi casa á un tal siervo de Dios. Sin embargo, pues que os dignais honrar mis dominios con vuestra presencia, hé aquí mi casa, mi ciudad y todos estos campos á vuestra disposicion. Ordenad en todo como gustéis. » El modesto religioso le pidió poder orar con paz y pasar el resto de sus dias en la *Grotta Ferrata*, ermitorio pequeño levantado sobre las ruinas de la antigua patria de Ciceron. Así acabó su santa vida el 26 de setiembre de 1005, dejando recuerdos de soledad cristiana en este retiro ilustrado por la elocuencia y filosofia pagana del príncipe de los oradores latinos.

12. En el año anterior, 1004, san Abbon, abad de Fleury, otra gloria de la vida monástica, murió en Francia, mártir de su celo por la disciplina. Habia emprendido la reforma del monasterio de la *Reola* en la Gascuña; y ya hemos notado que es cosa muy difícil detener la licencia que con menosprecio de las reglas canónicas llega á introducirse en ciertas comunidades religiosas. San Abbon trató desde luego de detener el relajamiento y desórden, que habian llegado á su colmo en el monasterio de la Reola: con este objeto hizo varios reglamentos dictados por su celo: mandó venir de su abadía de Fleury algunos religiosos para mejorar insensiblemente el espíritu general con los buenos ejemplos de virtud y de regularidad. Pero los monjes, picados por estas medidas, se cegaron hasta lo sumo, y se trabaron de manos entre sí. El santo abad quiso ponerse entre medias para hacer cesar una lucha tan sacrilega, y uno de aquellos obcecados le atravesó con un lanzazo. El santo Abbon quiso disimular su herida y quiso subir á su celda, y al entrar en ella espiró en los brazos de Aimon, su fiel discípulo, escritor de su vida.

13. Suministraba la tierra en esta época abundante cosecha para el cielo. San Adalberon, obispo de Metz, murió el 14 de